



El Tren Cultural – Un proyecto de memoria –

Jan Kees de Rooy¹

Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica

LA ESCENA: una tarde con las sombras fuertes del trópico. Al frente de una sencilla casita campesina está puesta una pequeña mesa rústica, alrededor de la cual están sentadas siete personas, campesinas y campesinos. En la parte larga de la mesa, de pie, un niño de rasgos mestizos, vestido con una cotona gris, mangas cortas, con un pequeño emblema cosido en la camisa al nivel de su corazón.

«La Revolución Sandinista estrecha lazos fraternales con todos los pueblos», declama el joven, y los presentes en la mesa repiten sus palabras en coro. La cámara pasa por los rostros sudados y atentos, terminando otra vez donde el joven, que sigue con su clase: «Exacto... y sacamos la palabra FRATERNALES, y separamos en sílabas: FRA-TER-NA-LES».

Sílaba por sílaba, los campesinos repiten.

«Perfecto, vamos a formar palabras. En la noche hay una cosa por la que uno se pone un suéter. ¿Por qué se pone uno el suéter en la noche?»

«¡Por el frío!» responden algunos al joven.

«Exacto, por el frío. Allí está la primera palabra: FRÍO. Escribanla, pero entre las líneas...», indica el chavalito con autoridad a las mujeres y hombres, que tienen casi dos décadas más en edad que él, y la cámara enfoca las manos de los campesinos que, letra por letra y cuidadosamente, caligrafían la palabra en sus cuadernos.

Fue hace casi 29 años cuando filmé en Quilalí, en las montañas del norte de Nicaragua, a este joven alfabetizador de once años.² No podía imaginarme entonces que esta escena, con esta sorprendente actuación

¹ Cineasta de origen holandés, radicado en Nicaragua desde 1979. Director artístico del Tren Cultural de la Alfabetización.

² Película *Sandino Hoy y Siempre*, dirección Jan Kees de Rooy, 1980.

del niño frente a estos campesinos, sería posteriormente uno de los elementos más motivadores de una iniciativa cultural en la cual la juventud nicaragüense actual, casi tres décadas más tarde, puede recuperar la memoria histórica como un apoyo a un mejor conocimiento de la realidad de su país y en búsqueda de su propia identidad.

Fue en esos días de calor de marzo de 1980, sólo ocho meses después del final de la guerra de liberación de la dictadura de Somoza, que decenas de miles de jóvenes, la mayoría entre los 16 y 18 años de edad y principalmente de las ciudades, se movieron por las montañas, los ríos, la jungla y el mar a sus destinos, a cientos de kilómetros de sus casas, para vivir durante cinco meses con familias campesinas, con el objetivo de enseñarles de leer y escribir, en la operación educativa más grande de la historia de Nicaragua: La Cruzada Nacional de Alfabetización.

La Nicaragua de entonces, todavía con las heridas de la guerra, con instituciones, una policía y un ejército recientemente fundados por muchachos y muchachas que no tenían mucha más edad que estos alfabetizadores, había iniciado una de las campañas de alfabetización más grandes en la historia: 85.000 jóvenes tratando de alfabetizar a medio millón de campesinos y campesinas, para reducir en cinco meses el analfabetismo en Nicaragua, de casi el 51 % a menos del 13 %.

Como un ejército de voluntarios, organizados en brigadas y en escuadras, igual que los guerrilleros que habían liberado recientemente el país de la dictadura, y armados con mochilas, lápices, cuadernos, pizarras de tela, lámparas y todo lo necesario, donado por la solidaridad internacional, los brigadistas vivieron estos cinco meses en circunstancias duras y desconocidas por la mayoría de ellos. La ausencia de alimentos y de médicos, el duro clima y las enfermedades, las marchas de montaña y la presencia de bandas contrarrevolucionarias armadas, fueron una prueba difícil para todos ellos. Pero también tenía otra cara: como ellos enseñaron a leer y escribir a la gente campesina, aprendieron de ella sobre la vida del campo, de la montaña y de la pobreza.

La muerte de 59 alfabetizadores, entre ellos varios asesinados por las bandas contrarrevolucionarias, no quebró el espíritu de la mayoría de estos jóvenes y el 23 de agosto de 1980, las decenas de miles de brigadistas regresaron eufóricamente a Managua para declarar a Nicaragua «Territorio Libre de Analfabetismo». Una experiencia inolvidable para todos los participantes, que cambió sus vidas, su perspectiva y su visión sobre la sociedad y su país.

Más de dos décadas después, luego de una guerra de agresión, la derrota de la Revolución y los años de neoliberalismo, en la mayor parte de Nicaragua el promedio del analfabetismo ha subido a un nivel que lo

hace más alto que el promedio de América Latina.³ El pequeño museo de la Cruzada Nacional de la Alfabetización, con miles de recuerdos sobre este evento histórico, fue desaparecido a comienzos de la década de 1990 y la hazaña de los 85.000 alfabetizadores fue borrada de las clases de historia en las escuelas de primaria y secundaria. La Revolución Popular Sandinista fue declarada como una página negra en la historia de nuestro país y tratada con un silencio absoluto.

Tal fue el efecto de esta política, que cuando en el año del 25 Aniversario de la Revolución un grupo de cineastas e instituciones organizaron una semana de cine con películas sobre la época revolucionaria, en una de estas presentaciones llena de estudiantes se levantaron varias muchachas muy emocionadas y, con lágrimas en los ojos, reclamaron: «¿Por qué nadie nos ha enseñado sobre esta época? ¿Por qué nos dejaron un hueco en nuestra historia, en nuestra identidad?».

No puedo negar que fue esta significativa experiencia la que en parte nos inspiró en el año 2005 para la creación del Tren Cultural, una iniciativa del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana (IHNCA-UCA).

La iniciativa nos llevó a la construcción de un proyecto innovador: un museo móvil, interactivo y multimedia, como instrumento de rescate de la memoria histórica de aquella gesta que fue la Cruzada Nacional de Alfabetización. Una iniciativa que tiene como principal objetivo devolver a las nuevas generaciones de jóvenes algo de la historia reciente de su país, y ofrecerles un instrumento que les permita encontrarse con los valores que inspiraron a tantos jóvenes en el año 1980 y que los animaron a dejar sus comodidades y a partir a las montañas para enseñar a leer y a escribir a la gente más marginada de su tierra.

Se formó un grupo de profesionales de las diferentes disciplinas del arte: del cine, de la literatura, de la fotografía, del dibujo animado, de la música, y de la arquitectura, para construir el concepto y los guiones de la exposición del Tren Cultural. Esto significó una experiencia nueva para todos ellos, pues no encontramos antecedentes de un proyecto de esta índole ni en Nicaragua ni el resto de América Latina.

Con apoyo de organizaciones internacionales se compraron tres viejos furgones de transporte de carne de cerdo, que fueron transformadas en tres salas de museo, climatizadas, iluminadas, alfombradas y acondicionadas con equipos de proyección de video, computadoras y

³ PNUD, documento «Objetivos de Desarrollo del Milenio, Nicaragua 2006» - Objetivo 2 «Lograr la enseñanza primaria universal»
<http://www.undp.org.ni/files/dmilenio/1170877139_objetivo2.pdf>

audio. Usando los archivos del IHNCA-UCA –películas, videos, fotografías, diarios de campo de los alfabetizadores, documentos y otros materiales– se construyó una exposición lúdica y multimedia, llamada «Leer es Poder», con el objetivo de crear un encuentro impactante con la historia, informativo y emotivo.

En la primera sala, la sala informativa, los visitantes hacen un mágico viaje a través del tiempo, en el que una joven brigadista cuenta, por medio de una narración pregrabada acompañada de fotos y videos, la situación de Nicaragua a fines de la década de 1970, la dictadura, la guerra de liberación y el triunfo de la Revolución, para luego contar a los visitantes su experiencia como joven brigadista en la Cruzada Nacional de Alfabetización. En apenas cuarenta y cinco minutos de visita dos generaciones saltan 29 años en el tiempo.

En la segunda sala, se comparten en forma interactiva las vivencias, emociones y temores de los alfabetizadores. A través de computadoras con animaciones digitales, fotos y videos a un lado de la sala, y objetos de la alfabetización en el otro, los visitantes escuchan testimonios de los alfabetizadores y manipulan los objetos, manuales, cartillas, diarios de campo, mochilas y uniformes utilizados en la Cruzada.

Luego, en la tercera sala, a partir de la presentación de un video, los jóvenes visitantes tienen la oportunidad de desarrollar una dinámica de grupo que les invita a reflexionar sobre el contenido de la exposición y los problemas actuales de su comunidad y de su país. Como resultado de esta dinámica, cada grupo formula un compromiso, lo comparte y lo escribe en cuaderno de memoria.

La visita finaliza con la entrega de un plegable del Tren Cultural, a modo de recuerdo, en cuyo interior se encuentra impresa la foto del grupo visitante así como el compromiso que éste formuló para participar en la solución de los problemas de su comunidad y de su país.

El Tren Cultural, dirigido principalmente a jóvenes entre 16 a 18 años, la mayoría estudiantes de sus últimos años de secundaria, ha viajado por toda Nicaragua, desde su primer viaje en 2006 que comenzó en Managua, hasta los pueblos más lejanos de la capital, donde los jóvenes carecen de museos y ofertas culturales. Donde llega, el Tren Cultural crea momentos de emoción y reflexión entre los visitantes en cada cabecera departamental visitada, particularmente cuando los estudiantes de visita descubren, como pasó muchas veces, que sus propios profesores fueron algunos de los y las jóvenes valientes de los años '80, participantes de aquella Cruzada Nacional de Alfabetización.

Encontramos, pues, la forma mágica de jugar con el tiempo. Un mágico y emotivo «encuentro» entre una joven de los años '80 y jóvenes de hoy.

Con esa magia, los estudiantes no sólo ven una exposición interesante y bonita, sino que se identifican más con su mensaje. Desde la creación del Tren Cultural más de 50 mil estudiantes de secundaria han visitado esta exposición, expresando en sus compromisos no sólo el derecho de cada nicaragüense a poder leer y escribir, sino además exigiendo el mejoramiento en asuntos como el medio ambiente, la democracia y la eliminación de la pobreza.

Muchos de los estudiantes no pierden la oportunidad de apuntar sus emociones y reflexiones en el libro de visitas del Tren Cultural. Como escribe uno de los estudiantes: «... enseñaron a los campesinos, así ustedes nos enseñaron a compartir, a ayudar a los demás en el futuro...». Y otra: «Me alegra mucho que nos motiven... toda la enseñanza que hoy me dieron quedará grabada en mi mente y en mi corazón». Y otro comentario más: «... nos dio una perspectiva diferente de la juventud de los años '80, siento que eran más enérgicos, se interesaban por los demás, esto puede ayudar a nuestra juventud a preocuparse más por nuestra gente...».

Lo más importante de la experiencia fue descubrir en la metodología del Tren Cultural un instrumento pedagógico útil para la educación no formal: una metodología exitosa que integra tecnología y arte, que es útil para concientizar y movilizar a la juventud alrededor de otros temas sociales, culturales e históricos.

Los recientes acontecimientos en Centroamérica han mostrado la fragilidad de nuestras instituciones y del concepto de democracia. Hemos aprendido del proceso revolucionario de los años '80 que el camino hacia la transformación de nuestra sociedad es lento y requiere paciencia y creatividad. Proyectos como el Tren Cultural, desde nuestra perspectiva, no sólo son importantes para el rescate y la preservación de la memoria histórica, sino que pueden jugar un importante papel en la formación de valores y de la identidad de la principal protagonista de esta transformación, nuestra juventud, un sentido de identidad tan necesario para ser un ciudadano conciente en estos años que vienen.